

sión de Duns Scot, más cuenta se da de que en tanto que persona, su personalidad es «última solitud». Así se puede explicar la angustia como inquietud de nuestro tiempo, y así también el asombro ante lo finito.

Y ¿qué significado tiene en todo este conjunto de síntomas el «cine»? Es por su parte el síntoma definidor.

Por un lado la máxima socialización posible. Por otro presentando con enorme fuerza el poder de lo finito, aumenta la inquietud personal, expresada con claridad en la vivencia, ya analizada de «vergüenza». De una parte significa para nosotros lo que significaban para el pueblo egipcio las muestras ingentes de su civilización, las pirámides, los palacios, los canales, de otra es un instigador de inquietudes y, persiguiendo la comparación, vale para nosotros lo mismo que para los egipcios el culto a los dioses del hogar, la afición por las cosas menudas, por los sentimientos novelescos y, en resumen, el asombro y odio a lo finito.

Se puede concluir afirmando que nada expresa como el «cine» la constitución paradójica del hombre actual, su situación desequilibrada. De aquí la dificultad de predecir el porvenir del «cine», porque en el fondo intentarlo equivale a preguntarse, ¿cuál será el porvenir de la primacía actual de lo finito? ¿Y no es esto preguntar por el porvenir religioso de Occidente? ¿No está todo ello contenido en la pregunta con la que se puede decir que corona Heidegger su libro acerca de Kant y el problema de la metafísica? ¿Es posible una investigación acerca de la existencia finita sin una presupuesta infinitud? ¿La substancia finita tiene razón de ser sin la infinita? Tal es la cuestión.

